



Linn Ullmann, escritora noruega, hija del cineasta sueco Ingmar Bergman y de la actriz Liv Ullmann.

AGNETE BRUN

GUILLERMO BALBONA

«El segundo amor es una prolongación del primero, y trata de una pareja de novios que fueron padres y de la niña que fue su hija. Amaba a mis padres sin reparo, daba por hecho su existencia como una da por hecho las estaciones o los días o las horas, eran como la noche y el día, uno acababa donde empezaba el otro, yo era hija de ella y de él, pero si tenemos en cuenta que ellos también querían ser niños, a menudo todo se complicaba un poco. Y hay una cosa más. Yo era hija de él y de ella, pero no era hija de los dos. Nunca fuimos tres. Cuando paso los montones de fotos que tengo delante en la mesa no encuentro ninguna fotografía de nosotros tres juntos. Ella y él y yo. Esa constelación no existe».

La remota isla de Farø alumbró esta escritura pegadiza, envolvente, que abraza e inquieta a la vez. Son recuerdos y emociones, pero también dolor contenido, pasajes y pasadizos, una cartografía ya señalizada en el preludeo con una cita reveladora: «Solo podía utilizar mapas imaginarios o sus recuerdos de los mapas reales, pero eso era suficiente», extracto del John Cheever de 'El nadador'. Aquel padre era el cineasta, dramaturgo y escritor Ingmar Bergman y aquella madre, la actriz y directora Liv Ullmann. La niña es ahora la escritora Linn Ullmann (Oslo, 1966). Su hermoso libro, pleno de potencial narrativo, 'Los inquietos', parece novelar una confesión, se asemeja a un diario,

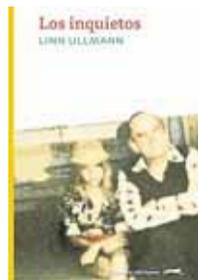
pero en realidad es un trayecto de escritura que vuela libre y elegante sobre lo que se antoja trascendente, sobre lo que es emoción inevitable, sobre el pasado entre equilibrios extraños, hasta que la memoria, más que reparar, mira de frente a la vida.

Al cabo es el retrato del prestigioso cineasta sueco, un hombre obsesionado con el orden, la puntualidad y el control de los sentimientos. Ella es su hija, la menor de nueve hermanos. Y cada verano, desde que era una niña, visitaba a su padre en esa isla. La joven escritora y el creador anciano, proyectan hacer un libro sobre la vejez, «hacerse mayor es una coreografía compleja», que se basa en una serie de conversaciones grabadas. «Envejecer –dice el padre– es un trabajo duro, difícil y muy poco glamuroso.» Y, en efecto, «su declive físico y mental, preludeo de una muerte cercana, dejará el proyecto a medias».

Linn Ullmann nunca nombra a sus padres. Ni tan siquiera el suyo. Escribe: «Nombrar. Dar y tomar y tener y vivir y morir con un nombre. Me habría gustado escribir un libro sin nombre. O un libro con muchos nombres. O un libro en el

que todos los demás nombres fueran tan comunes que se olvidaran enseguida o que sonaran de una forma tan similar que resultara imposible distinguirlos unos de otros».

Pero no se trata de unas memorias, ni de una biografía. 'Los inquietos' (Gatopardo Ediciones) narra la pérdida para buscar un sentido. Siembra la evocación de afilados y hermosos resquicios que llena de lucidez. Nunca renuncia a un tono poético que se clava en su mirada al posarse sobre las cosas. «En mi bolso hay un bosque. Durante muchos años llevé a mi padre, o lo que quedaba de él, en el bolso. Lo que me quedaba de él eran seis cin-



**LOS INQUIETOS**  
LINN ULLMANN  
Editorial: Gatopardo. Páginas: 392.  
2ª edición. PVP: 21.95 euros.

tas de audio de sus últimos años de vida. Su voz. Y el silencio. Y mi voz». La escritora acude a perfiles sensoriales de aquello que impregna el paso del tiempo, a simbolismos y metáforas: «Si creces en una casa junto a las vías del tren y todas las mañanas te despierta el tren que pasa a toda velocidad junto a tu ventana y sacude las paredes, la cama (...), aunque ya no vivas en esa casa junto a las vías, con el tren vibrando dentro de ti». La escritura de esta obra tiene su punto de partida siete años después de la muerte del cineasta de 'Persona', cuando Linn Ullmann reúne el valor para escuchar las cintas depositadas una caja.

Dado el carácter «elíptico y fragmentario» de dicho material, acude a sus recuerdos de infancia y juventud para recrear una de las constelaciones familiares más fascinantes del siglo XX, en cuyo origen está el «amor grande y revolucionario» que unió a sus padres. «Intercalando el relato autobiográfico con la transcripción de las grabaciones, Ullmann evoca la relación zigzagueante entre dos artistas absorbidos por el trabajo y una niña que tiene prisa por ser adulta, y se asoma a uno de los grandes misterios de la condición humana: «No se

puede saber mucho de la vida de otros, especialmente de los propios padres».

La narradora deja clara su intención: «Estoy tratando de entender algo sobre el amor y sobre mis padres y sobre por qué la soledad tuvo un papel tan importante en la vida de ambos y por qué los dos, más que nada en el mundo, tenían miedo a que los abandonaran». Para más adelante apuntar de manera despojada: «Lo que pasa con el amor es que es una palabra tan peculiar, tan maltratada y triste, que no quiero amarte».

Seis capítulos, la ausencia de fotografías donde aparezcan juntos, ella, su padre y su madre, y tres amores que describe en el preludeo: «el de sus padres entre sí, el de los padres hacia ella, y el del hogar de Hammars» (isla) donde Bergman afronta la recta final de su existencia.

«A la madre a menudo la llaman la musa del padre», escribe Linn Ullmann. «El padre no llama musa a la madre. Él era un hombre, ella una chica, él era mayor, ella era joven, él buscaba, ella fue descubierta, él la vio, ella fue vista. Por resumir. Él creaba, ella inspiraba. El padre tuvo nueve hijos, pero a ninguno de ellos, ni a los chicos ni a las chicas, los llamó nunca musas». Trazos, fragmentos y conversaciones van imbricándose en una prosa intensa, intuitiva, sensitiva, también onírica. Y como final inevitable: la muerte. «Creo que morir es como apagar una vela», ya había dicho el cineasta.